

Pregón de Semana Santa *Las Torres de Cotillas*

D. M^{ra} Jose Navarro Lavela



Sábado 24 de Marzo de 2012 a las 19:30h.



CABILDO SUPERIOR
DE COFRADÍAS



Cfrda. del
Cristo
Crucificado.



Cfrda. de
San Juan
Evangelista.



Cfrda. de Ntro.
Padre Jesús
Nazareno.



Cfrda. de la
Virgen de
los Dolores.



Cfrda. de la
Verónica y Cristo
de la Caída.



Cfrda. del Cristo
Resucitado y
San Pedro.



Cfrda. de la
Virgen de
la Piedad.



Cfrda. del
Cristo de la
Flagelación



Pregón de Semana Santa 2012



Las Torres de Cotillas

M^a José Navarro Lavela

Sr. Cura Párroco y Consiliario de Nuestra Sra. de la Salceda, Sr. Cura Párroco de Nuestra Sra. de la Asunción
 Sr. Presidente y Sres. Miembros del Cabildo Superior de Cofradías
 Sres. y Sras. Presidentes de las Cofradías
 Sr. Nazareno del Año
 Sr. Alcalde y miembros de la Corporación Municipal
 Hnos. Mayores, miembros de las Cofradías y todos los aquí presentes

Me presento hoy ante ustedes, con la difícil y entrañable tarea que me ha sido encomendada, de dar comienzo e iniciar la SEMANA SANTA TORREÑA 2012. Con mis ojos de niña y joven, incluso ya con la más reciente mirada de mi edad adulta, he vivido en este mismo escenario numerosos y diferentes pregones, todos llenos de ternura, amor a nuestro pueblo, generosidad, conocimiento y experiencia... hechos todos desde el entusiasmo, la religiosidad y las más entrañables vivencias populares.

Por tanto... ¿qué puedo aportar yo, a lo que otros veintiocho pregoneros ya han dicho o transmitido a esta audiencia? ¿Cómo podría siquiera acercarme a la increíble calidad de nuestro primer pregonero D. Salvador Sandoval, a la pluma de escritores como D^a. Carmen Montero o D. José Martínez, a la sensibilidad y el conocimiento religioso de D. Luís Mármol o a la experiencia de todos y cada uno de ellos? Pepita Palazón, Joaquín Cantero, Juan Pérez, Piedad Marín... o mis amigos Alfonso Sandoval, Consuelo Férez, Francisco Juan Giménez... Todos ellos y muchos más que me dejo en el tintero, han aportado lo mejor de sus experiencias vitales y

conocimientos a este importante evento que supone el punto de partida de una nueva y esperada Semana Santa.

Experiencia, o mejor dicho VIVENCIA, es lo que yo puedo aportar desde mi vida y mi familia en este pueblo. Desde que tengo uso de razón, mi infancia y mi existencia han estado marcadas por la Semana Santa. Es de todos conocido, que mi familia ha estado ligada profundamente y desde dentro, desde el trabajo y la ilusión a esta Semana Santa, que tanto amamos y disfrutamos los torreños y torreñas que hemos crecido rodeados de su entrañable halo.

Permítanme por tanto, la licencia de que les hable un poco de mi familia y mi infancia, pues son las bases que cimentan nuestra existencia y en ellas encontramos el sustento y los sentimientos que fundamentarán nuestra vida adulta.

Mi familia llegó aquí en los años setenta, de un pueblo cercano, guiada por el afán de mejora y el trabajo. Nadie lo diría, porque muchos piensan que mis padres, Manolo y Pepita, incluso mi querido abuelo Pepe, son de este pueblo, tal es su implicación en la vida social y cultural del mismo y el gran número de amigos que han hecho durante estos años. Pronto se integraron y nos enseñaron a mi hermano y a mí a sentirlo como nuestro. En este pueblo he nacido, me he educado, he estudiado, he crecido, me casé y formé una familia y en él me dedico a la más hermosa profesión del mundo, la docencia, a formar niños y niñas en mi querido Colegio DIVINO MAESTRO, en el cual primero fui alumna y ahora maestra.

De entre todas las cosas que mi familia y mi colegio, mi parroquia y mi pueblo me han enseñado, destacaría el amor por las tradiciones y el sentido trascendente y religioso de mi vida. En mi experiencia vital, que a todas luces es corta y no puede compararse con otras de los aquí presentes, puedo decir sin miedo a equivocarme que los valores y enseñanzas religiosos que he recibido, me han convertido en la persona que soy, y que la Semana Santa, como expresión cultural y popular de la devoción religiosa, ha contribuido decisivamente a ello.

Mi infancia, siempre ha estado marcada por la Semana Santa. De niña la esperaba con anhelo, promesa de vacaciones, salidas, caramelos, olor a flores e incienso, vestido nuevo, palma con olor a recién cortada, bandas de música, celebraciones religiosas, juegos y comidas... túnicas negras, sobretodo negras.

Recuerdo de siempre en mi casa, el alboroto y ajetreo de estos días, túnicas por todas partes, (colgadas de los lugares más insospechados), faroles, pendones, velas, cordones, guantes (todo perfectamente dispuesto por mi madre, por supuesto...) y gente, mucha gente. Este andero que es nuevo y hay que vestirlo, a

este niño le falta la tulipa del farol que la rompió el año pasado, un cordón más para las filas, guantes nuevos para todos, cose este escudo, arregla el bajo que hay que ir bien puesto... en fin, que nunca nos hemos aburrido.

A mí, como niña tímida pero siempre curiosa, no me gustaba perderme nada de esto y observaba, aprendía y vivía este inquietante ir y venir, que desembocaba en la más hermosa semana del año.

No puedo recordar, desde que tengo uso de razón, una sola Semana Santa en la que no haya vestido con orgullo mi túnica negra. He tenido muchas, de tejidos y tamaños diferentes que acompañaron mi vida de forma progresiva. Solamente una vez he dejado de ponérmela, pero el motivo fue el más hermoso y justificado del mundo, el año en que nació Ximena, mi hija, solo quince días antes de la Semana Santa. Al año siguiente, ahí estábamos madre e hija, perfectamente equipadas e impecables con nuestras túnicas, la de ella pequeña y primorosa, laboriosamente preparada por su abuela y por las expertas manos de Rosi, la modista oficial de nuestra Cofradía.

Recuerdo también entrañablemente aquel antiguo cordón de sogas, áspero y nudoso, que te ataban fuertemente a la cintura y te apretaba, eso sí, seguro que ningún caramelo se te iba a escapar, puedo dar fe de ello... Y otra cosa era la capa... mi túnica como saben, nunca tuvo capa... de ningún color ni tejido. Para un niño o niña de corta edad una capa es una suerte de disfraz que te hace volar o sentirte más grande... pero la nuestra... Yo preguntaba: ¿Por qué nosotros no tenemos capa? Niña, no hace falta, Cristo era el más sencillo de los hombres, nunca necesitó adornos, nuestra túnica es humilde, sencilla... No se necesita más... Vale, contestaba yo, me has convencido, la llevaré con orgullo... aunque una capa... aunque fuera negra... pequeñita..., nunca pudo ser.

Las cosas han cambiado mucho, desde luego, el tiempo pasa y todo mejora para bien, todo es más fácil y práctico, pero la esencia sigue, la sencillez y la humildad, el trabajo desinteresado y eficaz de numerosos hombres y mujeres que con la única virtud de su esfuerzo hacen grande a esta Semana Santa. Hablo por supuesto de todos los cofrades, anderos, nazarenos y miembros de todas las Cofradías, pero especialmente de la Cofradía de Stmo. Cristo Crucificado, a la cual con orgullo pertenezco. Gracias a todos vosotros, hombres y mujeres honrados y trabajadores que desinteresadamente habéis formado un grupo humano lleno de amistad y cariño, es posible que nuestro querido Cristo Crucificado y el Arcángel San Miguel sigan dando, por las calles de nuestro pueblo, testimonio y recuerdo de la Pasión de Cristo. Sois ejemplo de esfuerzo y de unión. Y todo ¿por qué? Por ese Cristo humilde y despojado al que con boca pequeña y corazón lleno os he oído nombrar como "nuestro jefe".

Pero bien, volviendo a los recuerdos de mi niñez, no puedo dejar de rememorar las largas noches en la parroquia, en las que los tronos se arreglaban de flores aquí mismo. De muy pequeños, mi hermano y yo nos quedábamos en casa con mi abuela

Flora, que venía expresamente a ayudar para que estuviéramos atendidos mientras mis padres trasnochaban con los preparativos. Cuando ya no me pudieron sujetar en casa y no quería perderme detalle, empezaron a traerme, y con los ojos bien abiertos observaba este repetido ritual.

Todos los miembros de las Cofradías, cargados de repletos barreños de flores, esponjas empapadas en agua, alicates, alambres, y los más variados utensilios preparaban impacientes sus tronos. El olor a flores que casi mareaba, las baterías de mi padre dispuestas para iluminar las imágenes, las prisas, el ir y venir y los imprevistos, salpicaban las largas noches de Jueves y Sábado Santo. Podía pasear entre los tronos y observar la laboriosa dedicación de floristas profesionales y aficionados, para que todo estuviera perfecto en el menor tiempo posible. ¡Vamos deprisa, recoged todo, dejad la iglesia ordenada, que mañana temprano sale la procesión y algo habrá que dormir...! Poco se dormía, mucho sin embargo se vivía, se pensaba, se trabajaba y se disfrutaba. Y algún buñuelo o paparajote caía... eso también.

Recuerdo a muy temprana edad, saber identificar todas y cada una de las Cofradías con su color, sus imágenes, su capilla e incluso con sus flores favoritas. Conocía a todos, creo que todos a mí me conocían. Podía decir si este o aquel pertenecían a San Juan o la Virgen de los Dolores, quien arreglaba el precioso trono de Nuestro Padre Jesús o si la Verónica había estrenado un nuevo vestido. Miraba con curiosidad las llaves de San Pedro y a Consuelo y Loli nerviosas y afanadas en su trabajo, a Jesús arreglando con gran cariño a su Piedad, a Joaquín poniendo sus imágenes de la caída y el pañuelo de la Verónica con el rostro de Jesús impreso. A Alejo y a su hija Consue con sus flores, a Quines siempre trabajador y atareado, a Piedad observando atenta y organizando todo, para que la nueva Cofradía saliera impecable a la calle. A mi maestro de religión, Pedro, y a su amigo Alegría colocando siempre las flores más bonitas. A Catalina, Rafael, Antonio, Serafina, Montoya (nuestro muy merecido nazareno del año...), colocando orgullosos su manto impecable y de luto a la Dolorosa más bella del mundo... A mi Cristo solitario en su Cruz, con sus espinas y rosas trepando por el madero... A mi padre, a Pepe, a Vicente, a Juan Manuel, a Mariano, a Manolo, a Paco... a tantos que aquí no podría nombrar... ¡Qué mejor aprendizaje y que mejor ejemplo y testimonio de trabajo desinteresado, el de todos ellos, el de todos vosotros...! Os recuerdo a todos, a los que no he podido nombrar, a los aquí presentes, a los que hoy siguen trabajando, a los que ya dieron el relevo y a los que no estarán más entre nosotros. Pero hay algo que a todos nos une, el firme propósito y la determinación de superar todos los inconvenientes y seguir dando lo mejor, para que esta tradición y este ejemplo de vivencia religiosa no decaiga.

En el amplio baúl de los recuerdos, de las sensaciones y los sentimientos, ocupa para mí un lugar especial la música de Semana Santa, las solemnes marchas y las cornetas y tambores, los pasodobles y los tambores sordos, la polifonía religiosa y las saetas cargadas de sentimiento. También los recién recuperados cantos de

Auroros, que evocan tiempos lejanos y desconocidos. La Campana de Auroros de Jabalí Viejo, el pueblo de mis padres, ha acompañado en no pocas ocasiones a la procesión del silencio. Hoy por suerte, nuestro municipio está recuperando esta tradición.

Justo después de este pregón empezaremos la acción, empezará el vértigo y la prisa, la celebración espiritual y la liturgia, la conmemoración y la vivencia de la pasión y muerte de Cristo y después... después la Pascua de Resurrección, la primavera del espíritu, el nacimiento a la vida y a la Salvación, a la Promesa que Dios hizo a su pueblo amado y que siempre se renueva, nunca caduca ni pasa de moda... porque la fe y la religión permanecen, perviven a los tiempos y renacen en el corazón del hombre.

El próximo Domingo 1 de Abril, DOMINGO DE RAMOS, día de estrenar ropa, de llevar la palma y la rama de olivo, Jesús el Nazareno entra triunfante en Jerusalén aclamado por su pueblo. Miles de voces proclaman al Salvador, muestran su bienvenida a ese Jesús humilde, montado en su borrico y rodeado del pueblo, ese pueblo que lo abandonará a su suerte, que buscará la salvación en otra parte...

Es el día de los niños, de los más sencillos, que buscan en ese MAESTRO señales de redención y esperanza. Esperanza a lomos de un pequeño borrico, la más humilde montura con la cual empezará la Semana de Pasión.

Niños vestidos de hebreos, mamás con sus carritos, abuelos con sus nietos... El alboroto y la alegría, son los protagonistas en las calles de nuestro pueblo.

MARTES SANTO:

Recorren nuestras calles ese mismo Nazareno Cautivo y su madre la Esperanza Macarena. ¡Cuánto dolor contenido en esas lágrimas cristalinas que surcan su hermoso rostro! ¡Cuánto sufrimiento y silenciosa resignación!. Bajo palio camina siguiendo a su hijo amado, por el cual daría la vida, bien lo sabe una madre "¡Y todo esto lo guardaba en su corazón!"

Ese Jesús antes aclamado, recorre las calles de nuestro pueblo maniatado y cautivo, descalzo y abandonado, despojado de toda dignidad, entregado por voluntad propia y por amor, por el más inmenso amor que nunca se conoció.

Cornetas y tambores destemplados, manolas de luto con sus velas, la madre y el hijo más amado...

MIÉRCOLES SANTO:

Para todos aquellos que me conocen, es evidente que esta es mi procesión favorita, para mí es la Semana Santa con mayúsculas. Déjenme que les diga una frase que no es mía, pero que bien puede resumir esta procesión: "Miércoles Santo, cuando el amor se hizo silencio", así también querría yo referirme a este día, tomando prestada de su pregón, y con permiso de D^a Pepita Palazón, esta frase que resume perfectamente los sentimientos y emociones que afloran en mi mente.

Cristo Crucificado recorre nuestro pueblo en el más absoluto silencio y en la oscuridad. La noche lo envuelve todo, las luces se extinguen y rodeado del más profundo respeto, mi Cristo sale al encuentro de su pueblo, recorre sus calles, ilumina con sus cuatro faroles el asfalto y proyecta su sombra sobre los que presencian su paso.

¡Cuánto silencio y emoción contenida! A veces, miro hacia atrás por las aberturas de mi gorro y veo avanzar su trono solemne, su rosario enredado, su calvario rojo, sus faroles prendidos... ¡Cuánto amor dio Dios al mundo entregando a su hijo amado!

"Tu corona de espinas,
tu costado herido,
tus clavos y tu madero,
tu amor rendido.
Rendido al hombre y al tiempo
rendido a la injusticia y al dolor
prendido del silencio, del silencio fugitivo
de cuando el SILENCIO se hizo AMOR."

Muy pocos se atreven a romper ese silencio, quizá algún chiquillo asustado, al que su madre dice: ¡Calla hijo, que pasa el Cristo!

Cantos de Auroros, largas filas de nazarenos, velas encendidas, pies descalzos, el toque sordo de un tambor, oscuridad, silencio...

VIERNES SANTO:

La Pasión se escenifica en nuestras calles, las bandas de música y los tronos floridos se suceden. Cristo atado y flagelado, Cristo negado por Pedro, Cristo condenado a muerte y cargando la Cruz, Cristo caído y enjugado su rostro por la mujer Verónica, Cristo muerto en la Cruz, la Piedad sin consuelo llora al hijo amado en sus brazos, su discípulo más joven y su madre, mortalmente heridos en su corazón, cierran la procesión.

Cientos de nazarenos y anderos desfilan Viernes Santo por la mañana. El aire se llena de pasión, de flores, de acordes solemnes y acompasados, de estandartes y pendones colgados de los balcones.

El sufrimiento y la historia se repiten, el desenlace está cerca...

Cae la tarde, la hora nona, Jesús ha muerto, con su último aliento cae la oscuridad y la noche, el sufrimiento y la entrega.

Crespones negros, luto y recogimiento, el entierro de Cristo. Yacente en una cama, inerte y frío, vencido y llorado, supremo sacrificio, cordero de Dios inmolado.

Silencio, espera, recogimiento, ausencia, más silencio, más espera...

Y RESUCITÓ AL TERCER DÍA:

Con la resurrección llega la primavera, llega la luz y la vida. Cristo Resucitado y triunfante, se encuentra con su madre y con su discípulo más amado.

Se cumplió la promesa de Dios hecha a su pueblo. El amor se hizo hombre y habitó entre nosotros, triunfó y triunfa en la actualidad sobre nuestras vidas, sobre las injusticias y el egoísmo en el que vive el hombre actual.

Alegría, luz, color, esperanza, flores blancas y rosadas, pasodobles y tambores. El pueblo despierta pronto, la noche de Sábado Santo ha sido larga e intensa. El encuentro ocurre muy temprano. Las campanas de la iglesia anuncian con prisa la Buena Nueva. Nazarenos rezagados y apenas despiertos, agarrando el bajo de sus túnicas para no caer, anderos y cofrades trasnochados por los preparativos, llegan corriendo a la última procesión.

El ambiente es algo frío a primera hora, las calles limpias y preparadas, sillas a la puerta, ventanas abiertas de par en par para que entre el sol y la alegría, chiquillos con bolsas preparadas para recoger los caramelos, se arremolinan al paso de los nazarenos y los tronos.

La alegría es solemne y difícilmente contenida. Otro año más las Cofradías de nuestro pueblo, dejarán testimonio de esta historia, de esta realidad siempre viva que se hace presente entre nosotros.

El trabajo ya está hecho, ya es Pascua, la Semana Santa llega a su fin, pero otro nuevo ciclo empieza. Todo comenzará de nuevo, todo volverá a iniciarse...

Que todos los aquí presentes sigamos trabajando por esta Semana Santa 2012 y por las que vendrán, que sigamos dando ejemplo de esfuerzo y unión, de fe y compromiso, que la historia Sagrada y el Evangelio de Cristo se hagan nuevamente presentes en nuestras calles.

Espero que este humilde pregón, hecho desde el respeto y el cariño, desde los recuerdos infantiles y la vida de los que me rodean, así como de la mía propia, haya dado testimonio de la Semana Santa en este pueblo.

Permítanme antes de terminar, otra licencia de juventud y de inexperiencia, la de dedicar este pregón a todos los nazarenos que lo son y trabajan por su pueblo y especialmente a las dos personas que más orgullosas y felices están hoy aquí, a mis padres, a los que sé que este pregón, con sus defectos y sencillez, hace una gran ilusión.

No me quiero despedir, sin antes dejarles con este poema, que creo puede resumir todos estos sentimientos que en mi pregón he tratado de mostrar y que me trae entrañables recuerdos, pues al leerlo una y mil veces mi mente y mi corazón evocan imágenes de mi niñez, en ese vía crucis, que recorría los Viernes de Cuaresma, las calles de nuestro pueblo. Muchas gracias a todos por su atención, paciencia y confianza.

Poema atribuido a Sta. Teresa de Jesús

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.